

Entre las distintas claves ó tonos que pueden recorrer hasta las voces menos extensas, elegirá el orador un *tono medio*; una voz hueca y demasiado grave es oscura y trae consigo cierto aire de pedantería; una voz chillona fatiga al orador y al oyente, y destroza los oídos.

En cuanto á la *modulacion*, deben observarse las reglas esenciales del ritmo y de la melodía; las mas importantes son la *unidad* y la *variedad* (§ 172 y sig.). Producen un efecto desagradable las transiciones rápidas de un sonido grave á un sonido agudo, y las salidas del *tono* dominante: tambien debe evitarse, por no faltar á la unidad, el pasar continuamente y sin motivo de una pronunciaci6n *rápida* y atropellada á una pronunciaci6n embarazosa y lenta. Pero si nos disgustan las discordancias que provienen de la falta de unidad, empalagosos y soporíferos son la *monotonía* y *compás uniforme* que nacen de la falta de variedad en los tiempos y en los sonidos.

La cualidad, timbre ó metal de la voz, lo mismo que su fuerza ó cantidad, es debida á la constitucion del órgano vocal; sin embargo, puede el arte auxiliar á la naturaleza, ya que no le sea dado suplirla.

Nam vox, ut nervi, quo remissior, hoc gravior et plenior; quo tensor hoc tenuis et acuta magis est: sic ima vim non habet, summa rumpi periclitatur: mediis ergo utendum sonis; hique cum augenda intentione excitandi, cum summittenda sunt temperandi. Nam prima est observatio recte pronuntiandi, æqualitas, ne sermo subsultet imparibus spatiis ac sonis Secunda varietas, quod solum est pronuntiatio, etc. (QUINT., XI, 5.)

585. La pronunciaci6n, finalmente, debe ser *oportuna* y *natural*. Todos los diversos estados del juicio, todos los afectos del alma tienen su tono especial: la intencion con que decimos las cosas, la duda, el convencimiento profundo, la afirmacion, la alegría, la tristeza, el temor, etc., comunican á la voz humana cierta entonacion particular que en el fondo es la misma en todos los idiomas, porque es un eco fiel de la naturaleza; la armonía imitativa, que nace de la estructura material del lenguaje, queda realzada por medio de la pronunciaci6n oportuna, generalmente denominada *acento oratorio*.

Pero el arte debe corregir los extravíos y exageracion de la naturaleza; los gritos discordantes que arranca de un pecho rudo el furor de las pasiones, serian altamente impropios del orador. Mas se peca generalmente por apartarse de lo que dicta la naturaleza, equivocando la afectacion ridicula con el verdadero arte; y esto es sin duda lo que ha dado margen al precepto demasiado absoluto, aceptado sin la prudente reserva en los tratados de retórica, de imitar la naturaleza, dejándose llevar á ciegas de la pasion.

Eadem verba, mutata pronuntiatione, indicant, affirmant, exprobant, negant, mirantur, indignantur, interrogant, irrident, elevant. (QUINT., XI, 5.)

Jam enim tempus est dicendi, quæ sit apta pronuntiatio; quæ certe ea est, quæ iis, de quibus dicimus accommodatur: quod quidem maxima ex parte præstant ipsi motus animorum, sonatque vox, ut feritur; sed quum sint alii veri affectus, alii ficti et imitati, veri naturaliter erumpunt, ut dolentium, irascentium, indignantium; sed carent arte; ideoque sunt disciplina et ratione formandi. Contra qui effinguntur imitatione, artem habent; sed hi carent natura; ideoque in iis primum est bene affici, et concipere imagines rerum, et tanquam veris moveri: sic velut media vox, quem habitum à nostris acceperit, hunc judicium animis dabit: est enim mentis index, ac totidem, quot illa, mutationes habet. (QUINT., eod. loc.)

586. En la *accion* ó gesto hay que considerar la *actitud* y *movimiento del cuerpo*, y principalmente el de la cabeza, los brazos y las manos, y además la *expresion del semblante*, cuya principal fuerza está en los ojos.

La accion debe guardar *consonancia* con la voz, y por consiguiente, con las ideas y afectos. Debe ser *moderada*, permitiéndose solamente alguna viveza en los pasajes animados y vehementes, pero nunca hasta el punto de entregarse á movimientos y gestos violentos y descompuestos. En una palabra, en la accion, como en la voz, deben hermanarse el arte y la naturaleza.

La accion, complemento de la voz, aumenta y realza la fuerza de la expresion. Basta ella sola para comunicar los afectos mas íntimos y delicados, como lo demuestran la mimica y la pintura; ella descubre y hace visibles, con tanta energía como las inflexiones de la voz, los mas imperceptibles y misteriosos fenómenos del alma, y expresa muchas veces lo que en vano intentaríamos expresar por medio de la palabra.

Quintiliano (XI, 5) trata de esta materia con extension y sumo acierto. Aunque en algunos puntos sigue á Ciceron, pocos pasajes de las *Instituciones* abundan tanto como este en observaciones delicadísimas y profundas.

CAPITULO III.

DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE ORATORIA.

587. La elocuencia, como observa Ciceron, es *una*. Propiamente hablando, no consta de géneros; mas como el discurso oratorio se aplica á tan diversos asuntos, y cambia su carácter segun las circunstancias del auditorio, las de tiempo, localidad, etc., de aquí los diversos *géneros de oratoria* ó de elocuencia, que no son mas que la recta

aplicacion de las reglas generales á determinados casos particulares.

Una est enim, quod ego hesterna die dixi, et aliquot locis antemeridiano sermone significavit Antonius, eloquentia, quascumque in oras disputationis regionesve delata est. Nam sive de cœli natura loquitur, sive de terræ, sive de divina vi, sive de humana, sive ex inferiore loco, sive ex æquo, sive ex superiore, sive ut impellat homines, sive ut doceat, sive ut deterreat, sive ut concitet, sive ut reflectat, sive ut incendat, sive ut leniat, sive ad paucos, sive ad multos, sive inter alienos, sive cum suis, sive secum, rivis est diducta oratio, non fontibus; et, quocumque ingreditur, eodem est instructu ornatuque comitata. (DE ORAT., III, 6.) Natura nulla est, ut mihi videtur, quæ non habeat in suo genere res complures dissimiles inter se, quæ tamen consimili laude dignentur. (Eob., 7.)

Los antiguos dividian las causas (cuestiones finitas) en tres géneros: *demonstrativo, deliberativo y judicial*. El objeto del *demonstrativo* era la alabanza ó la vituperacion; comprendia el panegirico, las acusaciones de crímenes contra el Estado, las felicitaciones, la oracion fúnebre, etc. El *deliberativo*, cuyo objeto era aconsejar ó disuadir, se empleaba en las discusiones ante el Senado ó ante la Asamblea popular. La litigacion de los intereses privados, la acusacion y la defensa, constituian el objeto del género *judicial*. Observa Aristóteles que el género *demonstrativo* trataba principalmente de lo presente, el *judicial* de lo pasado, y el *deliberativo* de lo venidero.

El defecto que por algunos retóricos modernos se ha imputado á esta division, puede atribuirse con mas fundamento á las posteriormente admitidas. Pocos discursos, es cierto, pueden referirse exclusivamente á un género determinado; mas no por esto dejan de estar perfectamente deslindados el fin y la materia de cada uno de dichos géneros. Fúndase esta division en la naturaleza misma de los principales objetos del pensamiento: la materia del género *demonstrativo* es lo *bello* ó lo *feo*; la del *deliberativo*, lo *útil* ó lo *pernicioso*; la del *judicial*, lo *justo* ó lo *injusto*, ó mas bien, lo *verdadero* y lo *falso*, puesto que solamente se trata de la aplicacion del derecho constituido. (Cic., *Ad Heren.*, I, 2; y *QUINT*, III, 4.)

588. Sin negar á la division de Aristóteles el mérito que efectivamente posee, y conformándonos con la costumbre modernamente seguida, dividiremos la oratoria en *sagrada, política y forense*.

La *sagrada*, inculcando en los ánimos las sacrosantas verdades de la fe y de la religion, se propone guiar al hombre por el recto sendero de la virtud.

La *política* tiene por objeto la formacion de las leyes, y se dirige á realizar lo útil y lo bueno en la sociedad civil.

La *forense* trata de la aplicacion de la ley á un caso dado.

Estos géneros de oratoria se modifican y confunden. Concretándonos á la oratoria política, toma unas veces un carácter didáctico, y otras se convierte casi en forense; lo propio sucede con los demás géneros.

Empleamos la voz *oratoria*, y no la voz *elocuencia*, por ser la primera mas exacta, como fácilmente se reconocerá recordando las definiciones y observaciones dadas en su lugar correspondiente. A estos tres géneros añaden algunos la *elocuencia académica*, la *militar*, el *panegirico*; y otros la *filosófica*, la *epistolar*, la de la *conver-*

sacion. A este paso, podria aumentarse indefinidamente el catálogo. Del *panegirico* se hablará en la Oratoria Sagrada. En cuanto á la *académica*, los discursos mas importantes que generalmente se comprenden en este género son los elogios: las reglas de estos discursos son las mismas que daremos al tratar de la biografía y del panegirico. Las memorias leídas en las academias, y las explicaciones de cátedra, que pueden referirse tambien á la oratoria académica, están sujetas á las condiciones de las obras didácticas, modificadas por las exigencias de la oratoria en general.

I.—ORATORIA SAGRADA.

589. La *oratoria sagrada* lleva á los *pueblos salvajes* las primeras semillas de la civilizacion, y en este caso tiene un carácter rudo y eminentemente popular: tal es la elocuencia de los *misioneros*. Otras veces, en la *sencilla aldea*, habla á un pueblo ignorante, pero dulcificado por los mas puros sentimientos religiosos, y en cuya oscura conciencia brilla con hermosos resplandores la divina luz de la fe. Otras veces, en las *ciudades populosas*, ante un auditorio formado de los hombres mas ilustrados y virtuosos, al par que de los mas incrédulos y corrompidos, pinta los desastrosos efectos de las pasiones, la vanidad de la falsa ciencia, la nada de este mundo; levanta el espíritu hasta las celestes moradas de lo infinito; sostiene al desgraciado con la esperanza del eterno premio, y aterra al criminal soberbio con la seguridad de tremendas y perdurables penas. En los dos primeros casos basta la elocuencia natural, la elocuencia enérgica y poderosa que infunden la firmeza de la fe y el ardiente fuego de la caridad; en el último es indispensable además la ciencia, es indispensable el arte.

Por lo tanto, fijáremos principalmente nuestra atencion en la oratoria sagrada de los pueblos cultos, en los discursos verdaderamente artísticos, que reciben el nombre general de *sermones*, y los nombres especiales de *panegirico*, cuando se pronuncian en elogio de algun santo, ó de *oracion fúnebre*, cuando se dedican á celebrar las virtudes de algun ilustre personaje que dejó de existir. La instruccion dirigida al pueblo en forma didáctica y sencilla se llama *plática*.

590. La oratoria sagrada es la *mas poética*, la mas sublime; su objeto principal es Dios, fuente de toda verdad y de toda belleza; habla de las maravillas de la creacion y de las grandezas y miserias del alma humana; y se dirige principalmente al *sentimiento*, impresionando enérgicamente la *fantasia*.

Aunque la razon, apoyada en la fe, debe constituir su fundamento, no disputa, porque habla en el nombre del cielo, y se dirige á un pueblo de creyentes; enuncia sencillamente las verdades de la religion, dejando para las obras de controversia y

las cátedras de teología las cuestiones árdidas, que en el púlpito, además de ininteligibles, serian en extremo enojosas.

591. El discurso sagrado debe, por consiguiente, ser *claro* ó acomodado á la inteligencia de la generalidad de las personas; *sencillo*, pero no desaliñado; *grave*, pues así lo exige la dignidad del asunto, la del lugar y la de la persona del orador, pero no frio ni monótono; *culto y elegante*, pero sin afectacion, sin ostentacion de ninguna especie, pues seria altamente reprehensible en el predicador la menor sombra de arrogancia ó de mundana vanagloria.

Las verdades que constituyen el fondo de la oratoria sagrada son verdades asequibles á todos los entendimientos; verdades mas prácticas que especulativas. El fin principal del predicador es fortalecer las creencias, comunicar vigor al sentimiento religioso y moral, encender el amor á Dios y al prójimo, hacer que la religion descienda á las obras, que presida en todos los actos de la vida, que la fe no sea una fe estéril y muerta. En cuanto á la claridad del discurso, debe tenerse presente que si se dirige al literato, se dirige tambien, y con preferencia, á toda clase de personas no ilustradas; pero que tampoco debe repugnar al buen gusto literario por sus formas toscas y descompuestas, si no se quiere faltar al decoro y respeto que se merece el elevado ministerio del púlpito, y exponer al ridículo objetos santos y dignos de la veneracion mas profunda. *Volumus non solum intelligenter, verum etiam libenter audiri..... illa eloquentia apud eloquentem ecclesiasticum, nec inornata relinquitur, nec indecenter ornatur.* (S. Agust., *De doct. christ.*, iv.) La gravedad del púlpito desecha el estilo demasiado familiar, y sobre todo el festivo. Faltaría tambien á la dignidad de su ministerio el orador que para conseguir su noble objeto siguiese caminos escondidos y tortuosos: las verdades evangélicas, sean cuales fueren las circunstancias de los tiempos, deben exponerse con franqueza y á la luz del mediodia. Jamás debe la oratoria sagrada transigir con las preocupaciones y errores del auditorio. Tampoco en el templo de Dios, en la cátedra de la virtud, deben presentarse al desnudo ciertos vicios, cuya viva pintura pudiera ser ofensiva á la castidad y á la inocencia.

592. Pero lo que mas distingue á la oratoria sagrada es la suavidad de afectos, la penetrante *uncion*, la ardiente caridad evangélica que la embellecen y animan. El orador sagrado no *irritará* jamás las pasiones. Rarísimas veces sentará bien la *ironía* en los labios del predicador.

El orador sagrado habla á los hermanos de su corazon en nombre de un Dios de amor y de una religion de mansedumbre, que al propio tiempo que revela la dignidad humana, enaltece el sacrificio personal y el martirio. No excitará, por consiguiente, la vanidad, la ambicion, la envidia, la cólera, la venganza, ni ningun afecto que suponga la menor dureza de corazon. Si excita la indignacion contra el vicio, se compadece del malvado, y con lágrimas de afliccion le llama al arrepentimiento. Nada desdice tanto de los humildes sentimientos cristianos como la intolerancia y el furor de que algunos se poseen, movidos por un mal entendido celo re-

ligioso. El odio contra determinadas clases ó personas es indigno de los verdaderos siervos de Jesucristo. Las alusiones políticas, la adulacion servil, todo lo que manifieste apego á los negocios y bienes terrenales, es indecoroso: el buen predicador nunca aparta sus ojos del cielo.

En el orador cristiano deben resplandecer las mas altas virtudes evangélicas; no basta que goce de la opinion de hombre de bien, sino que debe ser un vivo ejemplo de la doctrina que predica; no basta que el auditorio no le odie; es preciso que le ame entrañablemente y le venera como á un digno enviado de Jesucristo.

593. Debe evitarse en la oratoria sagrada todo lo que tenga un carácter *profano*. El *estilo* debe ser enteramente bíblico, y debe rehuir las formas filosóficas y literarias que trae el viento de la moda.

Ciertas cuestiones mas son para tratadas en los libros y en los periódicos religiosos que en las pastorales y en los sermones.

Muchos predicadores contemporáneos, principalmente los franceses, han incurrido en el defecto que censuramos de ceder demasiado al gusto de la época, con el noble intento de atraerse los ánimos, ó por no atreverse á cargar quizá con la nota de preocupado.

Nos ha causado siempre un malísimo efecto oír principiar un sermón con la palabra *señores*. Tambien nos repugnan en los labios del predicador ciertas frases que estamos acostumbrados á ver todos los días reproducidas en los artículos de fondo de los diarios políticos ó en las novelas de los folletines. La oratoria sagrada, tanto por lo que respecta á la disposicion general del discurso, como por lo tocante al estilo, ha consagrado ciertas formas que no conviene abolir, pues contribuyen á darle un carácter mas elevado y augusto. Generalmente se apoya la doctrina del sermón en un texto del Evangelio, con el cual se principia y termina el exordio; se divide la proposicion en tres partes, y se concluye, si la materia lo consiente, con una peroracion viva y animada y una invocacion á Dios, á la Virgen ó á los Santos. No deben prodigarse las subdivisiones didácticas y las citas formales de los Libros Sagrados ó de los Santos Padres. El espíritu del Evangelio ha de penetrar en el fondo y en el estilo de todo el discurso, y para esto no es necesario ir ensartando textos y mas textos, con expresion fiel de los libros y capítulos de donde están sacados.

En cuanto á los estudios que convienen al predicador, el de los Libros Sagrados es el primero y principal, y sigue luego el de los Santos Padres. La Biblia y las obras de los Santos Padres, además de enseñarle la moral, que debe constituir el fondo de sus discursos, contribuirán á formar su gusto literario y su estilo. Las vidas de los santos y la historia eclesiástica, así como los estudios generales, indispensables á todo orador, completarán el tesoro de conocimientos de que no puede prescindir quien aspire á formarse en la oratoria del púlpito una merecida y sólida reputacion. El predicador español debe dedicarse con preferencia al estudio de nuestros ascéticos, en cuyas inspiradas obras ostentan sus galas mas espléndidas la elocuencia y la prosa castellanas.

En cuanto á teoria literaria aplicada especialmente á este género de oratoria, en los tratados de S. Agustin, de Fenelon, de Fr. Luis de Granada, de Mably, de Andrisso, de Genoude, se encontrará cuanto pueda apetecerse; pero la obra que nos parece mas á propósito para formar el buen gusto es el bellissimo cuadro de la elocuencia de los Santos Padres, debido á la elegante pluma de Villemain. Tambien es digno de estudio el tratado de elocuencia sagrada de D. Manuel Muñoz y Garvica. El P. Bautain acaba de publicar sobre esta materia un excelente librito.

594. El *panegírico*, cuyo nombre se da por antonomasia al elogio de los santos, y la *oración fúnebre*, que no es mas que un panegírico de los hombres ilustres, están sujetos á las mismas reglas. Su objeto es excitar la admiración hácia lo bueno y santo, ofreciendo un cuadro animado y poético de los grandes hechos y de las grandes virtudes, para que sirvan de ejemplo y estímulo. El panegirista evitará los elogios *vagos* que no caractericen perfectamente al personaje, y además de presentar los hechos de modo que hieran vivamente la imaginación y exciten el entusiasmo, procurará que directa ó indirectamente se desprendan de ellos *lecciones* útiles y saludables, reglas generales de conducta, y si es posible, si en la vida del personaje sobresale una virtud, una *idea dominante* que sea en cierto modo la clave de sus acciones, y por consiguiente, el rasgo mas enérgico de su carácter, hará que esta idea resalte y sea como el centro de gravedad á que tiendan las partes todas de la composición oratoria.

En una palabra, en el panegírico, como en las obras poéticas, lo absoluto, lo indefinido, lo general, debe hallarse reflejado en lo relativo, en lo finito, en lo particular. Esta circunstancia es la que da un interés siempre vivo á las oraciones fúnebres de Bossuet.

Los defectos en que mas frecuentemente caen los panegiristas son la exageración y la vaguedad; lo primero, creyendo suplir por ese medio el entusiasmo; y lo segundo, por falta de conocimiento profundo del personaje. Muchos recorren todas las buenas cualidades que pueden enaltecer al hombre, *llamando á la puerta* de cada lugar oratorio; de lo que resulta que, leído un elogio, se han leído todos. Otros se complacen en ensalzar las prendas exteriores, como el nacimiento, la hermosura, las dignidades, las riquezas, que nunca deben ser consideradas mas que como simples instrumentos de hacer el bien, ó como graves cargas impuestas al hombre por el Criador. Otros, finalmente, incurren en el feo vicio de la adulación, y los mas grandes criminales han tenido tambien sus panegiristas.

595. El siglo iv de la era cristiana es el siglo de oro de la elocuencia sagrada. Los Santos Padres que en esta época florecieron, fueron los modelos de los grandes predicadores franceses del siglo de Luis XIV.

El maestro Juan de Avila, llamado el apóstol de Andalucía, y fray Luis de Granada, son los únicos en España que merecen colocarse á la altura de los mejores predicadores franceses.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia habia ido formándose y creciendo la elocuencia cristiana. Pasando en respetuoso silencio las predicaciones de los Apóstoles, llenas del Espíritu de Dios. S. Bernabé, y S. Clemente papa, en el primer siglo, y en los siguientes S. Ignacio, obispo de Antioquia, y los apologistas S. Justino, san Clemente de Alejandria, Orígenes, Tertuliano y Lactancio, abrieron la senda á los oradores del siglo iv.

En el siglo iv, S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, S. Gregorio de Niza, y sobre todo S. Basilio y S. Juan Crisóstomo (Boca de Oro), son las principales lumbreras

de la Iglesia griega. En la Iglesia latina se distinguieron S. Hilario, S. Ambrosio, san Jerónimo y S. Agustín, quien, si como orador adolece de algunos de los defectos de su época, es, por otra parte, uno de los ingenios mas vastos y poderosos que han existido. Viviendo estos célebres oradores en una época de agitación y de perpétuo combate, toma su elocuencia un carácter fogoso y apasionado, sencillo y popular unas veces, elegante y filosófico otras, y en algunas ocasiones político. Jamás la palabra ha ejercido una influencia tan directa en la vida de los pueblos, ni jamás consiguió la elocuencia tan continuos y difíciles triunfos.

En el siglo xi, S. Bernardo, digno precursor de S. Francisco de Sales, de S. Vicente de Paul y de los ilustres predicadores franceses del siglo xvii, renovó las antiguas glorias de la elocuencia cristiana.

El sublime Bossuet, el enérgico Bourdaloue, el ingenioso Flechier, el dulcísimo Fenelon, el apasionado Massillon, son los príncipes de la elocuencia sagrada francesa que tanto lustre dieron al siglo de Luis XIV.

Antes de esta época se habian distinguido ya en Francia algunos oradores notables; en el siglo pasado florecieron Neuville, Poulle, Maury y el famoso misionero Bridaine; y en nuestros tiempos, Lacordaire, De-Ravignan y el virtuoso Affre se han conquistado una reputación europea.

En Inglaterra John Tillotson y Hugo Blair son los mas notables. En Italia, mas numerosos que en ninguna otra nación, y eminentes teólogos la mayor parte de ellos, ninguno consiguió extender su reputación de orador elocuente mas allá de su país ni de su época. En Portugal fué el mas notable el P. Antonio Vieira, uno de los mas grandes ornamentos de la Compañía de Jesus.

En España, á pesar de los numerosos sermonarios arrinconados en nuestras bibliotecas, y de los grandes escritores ascéticos y místicos, honra de nuestra literatura, jamás hizo la oratoria del púlpito notables adelantamientos, y desde la época de Paravicino entró tan de lleno en la senda del mal gusto, y llegó á un extremo tan lamentable y ridiculo, que inspiró al P. Isla la chistosísima y popular obra de *Fray Gerundio de Campazas*.

II. — ORATORIA POLITICA.

596. La *oratoria política*, por razón de la variedad de asuntos que comprende, es la que mas transformaciones recibe, segun las épocas, el auditorio y las circunstancias, y por lo tanto, la que goza de mayor libertad en la forma, la que menos puede sujetarse á reglas, la que abre mas ancho campo á la individualidad del orador. Menos ideal y sublime que la sagrada, y no tan severa y compasada como la forense, es mas activa, mas enérgica, mas vehemente.

En ningún otro género ofrece el discurso oratorio caracteres tan distintivos, porque las oraciones del púlpito se acercan ya mas á las composiciones poéticas, y las forenses á las obras didácticas. En los encarnizados combates de los partidos y en las graves cuestiones de cuya resolución dependen la dignidad ó la vida de las naciones, es donde se manifiesta con mas evidencia el carácter apasionado de la oratoria política, porque en asuntos puramente legales ó administrativos, naturalmente es grave, reflexiva, templada, y se reviste á menudo de formas cuasi didácticas.

La oratoria sagrada aparta su vista de los intereses y negocios de este mundo; la

forense se limita á los intereses privados; pero en la política se trata de los intereses vitales de las naciones, con los que se mezclan los encontrados intereses de las diversas clases sociales y de los partidos políticos, en que tanta parte toma, por desgracia, mas ó menos encubiertamente, la ambicion personal. Además, en la oratoria religiosa, la verdad y la moral que constituyen el fondo del discurso son invariables y eternas; en la oratoria forense tambien está definida la ley, y determinados con precision los principios. En ambos casos no se trata sino de aplicar reglas de conducta, leyes; mas la oratoria parlamentaria se propone fundar la ley misma, y el orador camina sin otro norte ni otro impulso que su razon y sus pasiones.

597. En las asambleas políticas el auditorio no se encuentra unido por el lazo de las ideas y comunes intereses; antes se presenta dividido en dos ó mas campos, entre los cuales se traban combates de muerte.

El orador no habla ante un tribunal superior que se guie por determinados y fijos principios, sino que dirige la palabra á personas iguales en categoria, amigos ó enemigos, á la nacion entera y al mundo civilizado, dividido tambien por las opiniones y *entregado á las disputas*. Nada mas variable é inconstante que las asambleas políticas, sobre todo en tiempos de agitaciones y revueltas. Cuando los partidos están regimentados y obedecen con docilidad á la voz de los caudillos; cuando se cuentan los votos antes de la discusion, la oratoria pierde su influencia directa, y las batallas se convierten en torneos. No obstante, aun en estos casos goza la elocuencia de un poder inmenso, porque contribuye á difundir las ideas políticas, y á modificar, por consiguiente, la opinion pública. Esta es ocasion de tener presente lo que se dijo en el § 518 y siguientes acerca del conocimiento que debe tener el orador del auditorio. El pueblo de Atenas, que tanto se distinguió por su exquisito gusto artistico como por su carácter ligero é inconstante, se dejaba arrastrar fácilmente de la palabra de los oradores. Al propio tiempo que un poderoso instrumento político, era allí la elocuencia un verdadero espectáculo. «Ciceron observa que ante el pueblo ateniense no se hubiera atrevido ningun orador á emplear una voz dura ó inusitada. El mas grande y mas austero de los oradores de Atenas, en una causa de elevado interés público, se ve precisado á disculparse de haber faltado á la elegancia ática, y de hacer presente á los atenienses que la suerte de la Grecia no dependia de un gesto oratorio.» (VILLEMAIN.) El pueblo romano, dominador y orgulloso hasta en los tiempos de mas servilismo y corrupcion, exigia que se le hablase de libertad, de gloria, de dignidad nacional. Ciceron, por conocer tan perfectamente como conocia á su auditorio, ha sido inculcado, injustamente quizás, de demasiado muelle y adulador. En los tiempos modernos observamos las mismas diferencias: la elocuencia inglesa, conservando su carácter formalista hasta en los momentos en que es revolucionaria; la francesa, ruda, enérgica, salvaje en medio de las tormentas políticas, es en épocas mas bonancibles delicada y culta; fastuosa á veces, pero siempre apasionada; y la española, aunque muy frecuentemente imitadora, enaltece á lo sumo las galas de la imaginacion, la pompa y la armonia del lenguaje y la majestad de la entonacion, habiéndose visto en ciertas ocasiones alcanzados los mas brillantes triunfos parlamentarios por los que, mas bien que el renombre de oradores, merecian el dictado de poetas.

598. Segun se dijo en otro lugar, además del carácter general del

auditorio, es preciso tener en cuenta el número de oyentes y su grado de *ilustracion*; todo lo cual varia tambien en la oratoria parlamentaria mas que en ninguno de los otros géneros, existiendo, bajo este punto de vista, una diferencia notable entre la *tribuna antigua* y la *moderna*.

En los parlamentos modernos, en los *altos cuerpos conservadores*, compuestos de personas de edad avanzada, y donde se hallan representadas las mas elevadas clases y dignidades del Estado, la oratoria se reviste de formas mucho mas templadas que en las *cámaras populares*, donde encuentran eco las aspiraciones de las clases inferiores, así como la fuerza, el brio y la imprevisión de la juventud.

Por muy numerosos que fuesen nuestros parlamentos electivos, y por mucha entrada que en ellos se diese á la ignorancia y á las pasiones tumultuosas, nunca igualarian al foro de Roma ó á la plaza pública de Atenas, donde el mas insignificante ciudadano podia manifestar su opinion acerca de los negocios mas graves de la república, ante el Senado y el pueblo reunidos. Solo en los *meetings* de Inglaterra se conserva una sombra de aquella elocuencia política fogosa y eminentemente popular.

599. Vastos y profundos *conocimientos* requiere la oratoria parlamentaria, y mas en los tiempos en que se encuentran algo difundidas las luces. Dejando á un lado las infinitas materias que piden estudios especialísimos, y quedan reservadas para ciertos y determinados oradores, las cuestiones de política general, además de los conocimientos teóricos en las diversas y complicadas ramas de las *ciencias administrativas* y sociales, exigen un perfecto *conocimiento del país* en que se trata de legislar. La *historia*, que en los demás géneros puede considerarse como estudio accesorio, es en la oratoria política el estudio principal.

Solo en la grande y segura escuela de lo pasado podemos estudiar las causas y efectos de los sistemas, y adquirir una experiencia que no en todas épocas presta fácilmente una larga vida dedicada con asiduidad y talento á los graves negocios del Estado. El orador parlamentario que dirige su vista al porvenir, debe apoyarse continuamente en el firme terreno de lo pasado. «Roma, decia el padre de la elocuencia romana, no es la república de Platon.» El autor de la oracion *pro lege Manilia*, para hablar con el buen discernimiento que habló en favor de Pompeyo, debió conocer perfectamente el estado de la guerra, lo mucho que importaba á la república el sostenerla, tanto bajo el aspecto económico, como por miras políticas y de dignidad nacional; las dificultades que ofrecia, los recursos con que podia contar la república, los recursos del enemigo, las elevadas prendas de un buen general que pudiese llevarla á cabo, el carácter y dotes de Pompeyo, el conocimiento de los demás personajes que podian ser útiles, etc.

Sin este cúmulo de conocimientos, un orador de imaginacion y sentimiento, apelando á ideas vagas y triviales, podrá obtener en una asamblea fáciles y efimeros triunfos; pero en este caso, morirán sus obras con las circunstancias que las engendraron, y desaparecerá su prestigio á poco que se fije en ellas la atencion.

600. Pericles fué quizás el mas eminente de cuantos oradores políticos han existido. No habiéndose conservado íntegro ningun discurso suyo, el mas perfecto modelo de la elocuencia política griega es Demóstenes, principalmente en sus *Filípicas* y en el discurso de la *Corona*.

Ciceron, imitador de Demóstenes, es generalmente considerado como el primero de los oradores latinos.

Entre los muchos oradores políticos que en los tiempos modernos se han distinguido, principalmente en Inglaterra y Francia, los que mas han sobresalido por el imperio de su elocuencia son Mirabeau y O'Connell.

La elocuencia política en Grecia fué tan antigua como la república misma: Homero nos describe los consejos en que se discutian los negocios del Estado, y es indudable que debieron ser grandes oradores Licurgo, Solon y Pisistrato, Temistocles y Aristides.

Pericles por espacio de cuarenta años dominó con su palabra al pueblo ateniense, que le consideraba como la personificación misma de la elocuencia. Tucídides presenta en resumen tres de sus discursos, los cuales bastan para confirmar el alto concepto que la antigüedad se habia formado del gran estadista, del ilustre discípulo de Anaxágoras. Cuando Pericles estaba en el apogeo de su gloria, adquirió gran crédito y provecho la escuela de los sofistas, fundada por Gorgias de Leontium y Protágoras de Abdera. Los sofistas, presentándose en el teatro, improvisaban sobre todas las cuestiones que el público les proponia, defendiendo con la misma facilidad el pro y el contra. Sócrates desde un principio se declaró enemigo acérrimo de Gorgias y de sus discípulos, combatiendo sin treguas el escepticismo, el orgullo y la inmoralidad de las doctrinas de esta escuela. Los sofistas dieron vida á los demagogos, entre los cuales manifestó estar dotado de algun talento el ambicioso Cleon.

Los oradores que mas se distinguieron á fines del siglo v antes de Jesucristo, fueron Alcibiades y Critias, discípulos de Sócrates, aunque no imitadores de sus virtudes; Antifon, digno amigo de Sócrates y de Tucídides, y por último, Andócides y Lysias, de quien habla Ciceron con sumo elogio.

En el siglo siguiente florecieron Demóstenes, del cual se conservan muchas obras además de las citadas; su digno rival Esquines, cuyos tres discursos, respetados por el tiempo, se han denominado *las tres gracias*; Isócrates, quien á pesar de los elogios de los criticos de la antigüedad y de algunos de los modernos, mas se distinguió por la belleza y perfeccion del estilo que por la elocuencia propiamente dicha; Iseo, su rival; Licurgo de Atenas, orador insigne, é íntegro hombre de Estado; Hypérides, Dinarco, Alcidas, Hegesipo, y finalmente, Démades, de quien se decía, segun refiere Plutarco, que en sus discursos improvisados superaba á Demóstenes y al célebre Focion, á quien el mismo Demóstenes llamaba el hacha de sus discursos.

Un siglo despues de haber espirado Demóstenes, el virtuoso y rígido Catón dió fuerte impulso á la elocuencia latina, que desde entonces pudo contar con una série de oradores ilustres no interrumpida hasta Ciceron, el mas grande de todos, y el último. Llenan este glorioso periodo Servio Sulpicio, Galba, Lelio, Escipion Emiliano, Lépido Porcina, Carbon, Tiberio Graco, su hermano Caio, Emilio Escauro,

Rutilio, Cátulo, Metelo, Memmio, Craso, Antonio, Lucio Marcio Filipo, Cotta, Sulpicio, Hortensio y su hija Hortensia, y otros de quienes habla Ciceron en el *Brutus*. De la mayor parte de ellos no quedan mas que incompletos fragmentos, conservados en las obras de historia y de crítica. Eclipsóles á todos Ciceron, el autor de la oracion *pro lege Manilia*, de los discursos contra la *ley agraria*, de las *Catilinarias* y de las *Filípicas*. Pero bajo del punto de vista artistico, jamás llegó en Roma la oratoria política al alto punto á que habia llegado en Atenas.

En nuestros antiguos concilios y Córtes, así como en las demás corporaciones políticas de la edad media, y aun en la misma Inglaterra, no habia adquirido la oratoria parlamentaria la importancia que alcanzó posteriormente desde los tiempos de Cromwell: Burke, Fox, Lord Chatam, William Pitt y Sheridan son excelentes modelos. En Francia los buenos oradores parlamentarios son mayores en número: bastará recordar los nombres de Barnave, Maury, Cazalés y Vergniaud: los de Foy, De-Serre, Decazes, Manuel, De-Villèle, Martignac, Périer, Royer-Collard y Benjamin Constant; y, finalmente, los de Thiers, Guizot, Berryer, Lamartine, Villemain, etc. El *Libro de los oradores*, de Cormenin, contiene excelentes juicios criticos de estos y otros oradores. No citamos los nombres de los que han adquirido merecida fama en la tribuna española, por razones muy fáciles de comprender; debemos decir, sin embargo, que la oratoria parlamentaria es entre nosotros la que puede gloriarse de haber hecho mas rápidos y notables adelantamientos.

601. La elocuencia *militar* y la *periodística* pueden considerarse como dos ramas de la oratoria política. La militar, enérgica y concisa, rehuye toda clase de artificio, ajeno de los campos de batalla: *simpliciora militares decent*.

Los artículos políticos de los periódicos, escritos para ser leidos hoy, y olvidados mañana, emplean formas enteramente oratorias, y pueden considerarse como una ligera modificación de los discursos parlamentarios.

Las arengas de los generales á las tropas eran mas frecuentes en la antigüedad que en los tiempos modernos, y de ello dan vivo testimonio las *conciones* de los historiadores griegos y romanos; sin embargo, citanse de Condé, de Enrique IV y de otros personajes, elocuentísimos rasgos inspirados en los momentos criticos de la pelea, y no están muy léjos de nosotros los tiempos en que Napoleon enardecia el ánimo de sus soldados con el poder mágico de su palabra.

La prensa periódica en nuestros dias suple en gran parte la tribuna de la antigüedad; efecto debido á los adelantamientos de la imprenta y á la facilidad y rapidez con que se difunden por este medio las ideas. Tiene todas las ventajas y todos los inconvenientes que tenia la oratoria en las repúblicas de Grecia y Roma.